

ANSELM GRÜN

LA BIBLIA

Textos de la Sagrada Escritura: Antiguo y Nuevo Testamento

Introducciones y meditaciones
de Anselm Grün

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
<i>Anselm Grün</i>	

ANTIGUO TESTAMENTO

1. Los orígenes del mundo y de los seres humanos (Génesis)	17
2. La historia de Abrahán (Génesis)	27
3. Isaac y Jacob (Génesis)	39
4. La historia de José (Génesis)	53
5. La liberación de Egipto (Éxodo)	69
6. El camino por el desierto (Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio)	83
7. La conquista de la Tierra Prometida y su prehistoria (Josué, Jueces, Rut, 1 Samuel)	107
8. La historia de David (1 y 2 Samuel)	135
9. La historia de Salomón (1 Reyes)	157
10. La época de los profetas Elías y Eliseo, y la destrucción de Jerusalén (1 y 2 Reyes)	173
11. El arca de la alianza en la ciudad de David. La construcción del Templo (1 y 2 Crónicas)	197
12. Regreso de la cautividad tras la destrucción de Jerusalén y reconstrucción del Templo (Esdras y Nehemías)	207

13. La historia de Tobit (Tobías)	217
14. Judit y Holofernes (Judit)	231
15. La fiesta de Purim y la fidelidad religiosa de una madre (Ester y 1 y 2 Macabeos)	243
16. El libro de los Salmos	251
17. La historia de Job, el sufriente (Job)	265
18. Caminos de libertad y sabiduría (Proverbios)	279
19. Vivir aquí y ahora (Eclesiastés / Cohélet)	285
20. El mejor canto al amor (Cantar de los cantares)	291
21. La Sabiduría, compañera de camino del ser humano (Sabiduría) . .	295
22. Cómo podemos vivir una vida plena (Sirácida, Eclesiástico)	303
23. En la oscuridad resplandece una luz (Isaías)	313
24. La ley y el corazón de Dios en el ser humano (Jeremías)	323
25. Visiones de la vida con Dios (Ezequiel)	333
26. Lo que nuestro corazón sólo puede atreverse tímidamente a soñar (Daniel y el libro de los Doce profetas)	343

NUEVO TESTAMENTO

1. Del evangelio según Mateo	363
2. Del evangelio según Marcos	389
3. Del evangelio según Lucas	401
4. Del evangelio según Juan	421
5. De los Hechos de los Apóstoles	447
6. De la carta a los Romanos	471
7. De las cartas a los Corintios	481
8. De la carta a los Gálatas	493
9. De la carta a los Efesios	499

10. De la carta a los Filipenses	505
11. De la carta a los Colosenses	511
12. De las cartas a los Tesalonicenses	513
13. De las cartas a Timoteo	517
14. De la carta a Tito	521
15. De la carta a Filemón	525
16. De la carta a los Hebreos	527
17. De la carta de Santiago	533
18. De las cartas de Pedro	539
19. De las cartas de Juan	543
20. De la carta de Judas	547
21. Del Apocalipsis de Juan	549

INTRODUCCIÓN

Anselm Grün

No hay en todo el mundo ningún otro libro que sea más leído que la Biblia. La Biblia es el libro de todos los libros. Los judíos ven en los libros del Antiguo Testamento la palabra que Dios les dirigió sólo a ellos. Los cristianos comparten el Antiguo Testamento con los judíos. En él escuchan la palabra de Dios que tiene también para ellos una validez permanente. Pero los cristianos leen asimismo el Nuevo Testamento, en el que se les han transmitido los cuatro evangelios y numerosas cartas de los apóstoles y de otros autores bíblicos. Para ellos, el Antiguo Testamento llega a su cumplimiento y perfección a través de Jesucristo.

Lo que fue escrito entonces lo comprenden los cristianos de un modo nuevo a la luz de Cristo. El apóstol Pablo indica cómo deben leer el Antiguo Testamento (o, mejor dicho, el Primer Testamento, como lo llamaban los primeros padres de la Iglesia): «Todo cuanto fue escrito en el pasado se escribió para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza» (Rm 15,4). Así pues, la lectura de la Sagrada Escritura quiere revelar quién es Dios y quién es el ser humano, qué es el misterio de la creación y cómo una vida humana puede llegar a ser plena.

Y los cristianos leen la Escritura para encontrar consuelo en medio de la inconsistencia y la desorientación, en la oscuridad y el abatimiento. Consuelo significa que recibimos un apoyo seguro, estabilidad. La palabra alemana *Trost*, «consuelo», viene de *Treue*, «firmeza, estabilidad». Y consuelo significa que no nos han dejado a solas con nuestras preguntas, sino que Dios camina con nosotros en nuestra necesidad. La palabra latina *consolatio* significa estar con quien está solo. Toda palabra de la Sagrada Escritura quiere regalarnos esperanza, para que vivamos en este mundo llenos de confianza y de libertad interior, mirando con confianza hacia Aquel que es el único que puede dar cumplimiento a nuestra esperanza.

La Biblia contiene muchos textos poéticos. Hay relatos maravillosos, poemas, cantos, mitos y cuentos narrados por los autores bíblicos. En ella se transmiten composiciones sin par que, en su sencillez, ex-

presan la vida del ser humano en su relación con Dios. Ahora bien, la Biblia es algo más que palabra humana. Es palabra de Dios. Con todo, la palabra de Dios no cae del cielo, sino que ha sido escrita por medio de seres humanos que expresan con palabras sus experiencias con Dios. No obstante, en esa palabra humana –así lo creen los cristianos– habla Dios mismo. En ella expresa Él auténticamente cómo está junto al ser humano, quién es éste y quién es Dios, y cómo Dios actúa sobre aquél.

La Biblia es un libro extraño para muchas personas. Leen las palabras que contiene, pero no las comprenden. Les parece que son cosas de otro mundo. Otros la leen desde la perspectiva de su angustia. Por eso se asustan por las palabras divinas que a veces parecen crueles. Pero las palabras de la Biblia son palabras de vida, palabras que dan la vida. Son palabras de salvación, palabras que desean sanar al ser humano en su desgarramiento y ponerlo en pie. Lo importante es encontrar la perspectiva correcta para acercarnos a la Biblia. El gran Agustín, profesor de retórica, ofreció el criterio con el cual debemos leer la Biblia: «La Palabra de Dios es el enemigo de tu voluntad hasta que se convierte en la autora de tu salvación. Mientras sigas siendo enemigo de ti mismo, la Palabra de Dios será también tu enemiga. Hazte amigo de ti mismo y también la Palabra de Dios estará en armonía contigo».

Si una palabra de la Escritura nos irrita, es señal de que nos irritamos por nosotros mismos, de que no estamos en armonía. La lectura de la Biblia es como un combate hasta el momento en que uno alcanza la unidad consigo mismo. Si comprendemos la Palabra, nos comprendemos también a nosotros mismos de un modo nuevo. Si entendemos la Biblia correctamente, nos portamos bien con nosotros mismos, estamos en armonía y somos amigos de nosotros mismos.

Los primeros monjes desarrollaron un método para abordar la Escritura de tal modo que podían encontrar en ella al mismo Dios y Su verdadera esencia. Es el método de la *lectio divina*, «la lectura divina», que tiene cuatro pasos: *lectio – meditatio – oratio – contemplatio*.

El primer paso consiste en leer atentamente la Palabra, no para ampliar el propio saber, sino para encontrar a Dios mismo en la Palabra. Cuando comprendo la Palabra, me comprendo mejor a mí mismo. Leo la Palabra para descubrir en ella el corazón de Dios, como dice Gregorio Magno.

En el segundo momento, la *meditatio*, dejo que la Palabra *descienda a mi corazón*. No trato de penetrar en ella con la razón, sino que tomo la palabra, la repito en mi corazón, la mastico y la saboreo hasta que deja en mí un sabor nuevo: el sabor del amor, de la paz, de la alegría, de la vida. Imagino: si esta palabra es verdadera, entonces ¿cómo me veo a mí mismo, y cómo veo el mundo y a Dios? ¿Cómo me siento? ¿Qué gusto deja en mí esta palabra?

El tercer paso, la *oratio*, consiste en expresar en una breve oración el deseo que brota en mí a través de la meditación. Ansío que Dios quiera colmar mi deseo, que quiera hacerme sentir lo que leo en ella, que quiera mostrarme Su mismo ser.

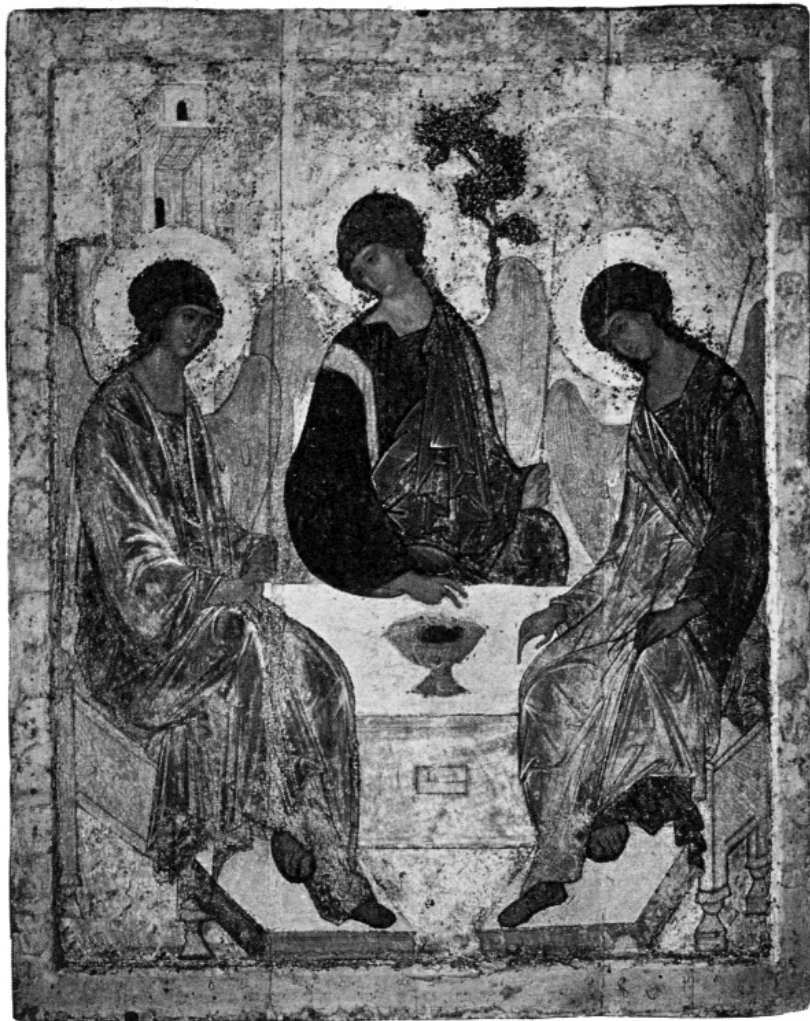
El cuarto paso es la *contemplatio*. En este momento dejo de reflexionar sobre la palabra. Sencillamente estoy sosegado ante Dios. La Palabra de Dios me ha llevado a la quietud. En esta quietud dejo de concebir pensamientos e ideas acerca de Dios. Sencillamente estoy ahí. Soy uno con Dios y, a través de Dios, conmigo mismo. Y estoy de acuerdo con la vida. Toco la realidad misma sin poder hablar de ella. Los primeros monjes afirman que la Palabra me abre las puertas al misterio sin palabras de Dios. En este espacio del misterio sin palabras de Dios estoy en casa. En él todo es una sola cosa.

Así pues, te deseo, querido lector, querida lectora, que la lectura de estos textos esenciales de la Biblia te lleve a una profunda experiencia espiritual, a la experiencia de Dios y a la experiencia de tu propia liberación, la liberación de toda angustia y del aferramiento a lo superficial. ¡No des muchas vueltas a las palabras! Deja sencillamente que descendan a tu interior. Aunque parezcan extrañas, ¡trata de saborearlas! No es necesario que conozcas todo su trasfondo teológico e histórico. ¡Fíate de la Palabra! Las palabras son imágenes. Y las imágenes abren siempre una ventana al cielo. La Palabra es eficaz. Si dejas que la Palabra descienda sobre ti, ella realizará la sanación, la liberación, la redención. Te sentirás diferente, más sereno, más lleno de esperanza, más amplio. Como dice la Segunda carta de Pedro, la Palabra de Dios es «lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana» (2 P 1,19).

Así pues, te deseo que la luz de la Palabra de Dios ilumine tu corazón para que veas en ti tu propia luz, la luz divina que brilla en ti y te sumerge en Dios, el único en quien llegarás a ser plenamente tú mismo y reconocerás tu propia dignidad.

Anselm Grün

ANTIGUO TESTAMENTO



Andrei Rublev, icono de la *Santísima Trinidad*, 1411. Del iconostasio de la Catedral de la Trinidad – Monasterio de San Sergio en Zagorsk. Actualmente se encuentra en la Galería Tretiakov de Moscú.

1

LOS ORÍGENES DEL MUNDO Y DE LOS SERES HUMANOS

Del libro del Génesis

El primer libro de la Biblia, el Génesis (= origen), nos cuenta con maravillosas imágenes que Dios creó este mundo y a los seres humanos. No se trata de un estudio científico sobre la creación del mundo, sino de una composición mítica. Todo en este mundo ha sido creado –y ha sido creado bien– por Dios. Todo lo que existe es bueno. La corona de la creación es el ser humano. Éste fue creado a imagen y semejanza de Dios. Dios lo creó varón y mujer. Y justamente en esta polaridad entre varón y mujer el ser humano se ha convertido en imagen de Dios y de su amor divino. La belleza de Dios se refleja en la belleza de la creación y sobre todo en el rostro del ser humano.

El relato de la creación (Gn 1,1 – 2,25) no quiere orientar nuestra mirada sólo hacia el pasado. Dios creó el mundo en seis días. El séptimo descansó de sus trabajos. Esto se convierte en una imagen del tiempo del ser humano. Seis días son para trabajar. Y en nuestro trabajo proseguimos la acción creadora de Dios. Cultivamos la tierra que Dios nos confió. La trabajamos y la cuidamos para que nos dé los frutos que Dios ha querido para nosotros. El séptimo día descansamos de nuestros trabajos. En él podemos hacer fiesta y disfrutar, porque nuestra vida es buena. Los primeros padres de la Iglesia dicen que la vida humana es una fiesta perenne. En la fiesta del domingo celebramos que Dios es el verdadero fundamento y la meta definitiva de nuestra existencia. En Dios podemos alegrarnos del descanso y gozar de lo que existe.

Pero en la bondad de la creación se produjo una ruptura. El ser humano se inclina hacia el mal. La historia de la caída (Gn 3,1-24) quiere explicarnos cómo el ser humano bueno se hizo malo. Éste no pudo soportar el hecho de no ser él mismo Dios y de no poder prescindir de Dios, su creador. Quería ser como Dios. El pecado original del ser humano consiste en elevarse por encima de su condición humana y comportarse como Dios.

Adónde se llega cuando el ser humano quiere ser como Dios lo muestran los tres relatos de Caín y Abel (Gn 4,1-16), Noé y el diluvio, y la torre de

Babel. Quien quiere ser siempre como Dios, quien quiere ser siempre el más grande, no puede alegrarse por su hermano. Tiene que matar a todos aquellos que lo superan en grandeza. Pero el asesinato no le hace feliz. Suscita en él sentimientos de culpabilidad. Y la culpa lo empuja a ir vagando sin descanso por este mundo. Quien se ha hecho culpable ya no puede seguir viviendo en sí mismo. La culpa lo empuja de nuevo hacia Dios, y sólo en Su amor que perdona puede el ser humano encontrar el descanso.

El relato del arca de Noé (Gn 6,9 – 9,17) lo encontramos de formas semejantes en muchos pueblos. En él se expresa la experiencia del ser humano que, debido a la propia maldad, puede hacer que el mundo se precipite en el caos. No obstante, ni siquiera el gran diluvio puede destruir el mundo. Dios concluye su alianza con los seres humanos. El arco iris se convierte en signo del hecho de que Dios está a favor de este mundo y controla la maldad de las personas para que no pueda echar a perder la creación.

La torre de Babel (Gn 11,1-9) recuerda la aspiración humana a querer subir cada vez más alto. Esto no vale sólo para sus construcciones, que corren tanto más peligro cuanto más se elevan hacia el cielo. Esto vale para toda actividad humana. Quien quiere ser como Dios arruina el mundo. Su construcción idolátrica se derrumba por completo. Y quien quiere ser como Dios se aísla. Se vuelve incapaz de mantener una verdadera comunicación. Sólo ve enemigos en los demás seres humanos. Por eso se niega a comunicarse con ellos y a compartir en el lenguaje lo que es suyo. La confusión de lenguas en Babel describe no sólo algo del pasado, sino también nuestra condición actual. Los lingüistas afirman que nuestra lengua actual es un «vocabulario inhumano», porque los seres humanos no tratan de compartir, de tener una experiencia común de amor y alegría, sino de dominar, determinar y ejercer influencia.

Primer relato de la creación: 1,1 – 2,4a

1 ¹ En el principio creó Dios el cielo y la tierra. ² La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas.

³ Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz.

⁴ Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; ⁵ y llamó Dios a la luz «día», y a la oscuridad la llamó «noche». Y atardeció y amaneció: día primero.

⁶ Dijo Dios: «Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras». ⁷ E hizo Dios el firmamento; y apartó las aguas de por debajo del firmamento de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. ⁸ Y llamó Dios al firmamento «cielo». Y atardeció y amaneció: día segundo.

⁹ Dijo Dios: «Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto, y déjese ver lo seco»; y así fue. ¹⁰ Y llamó Dios a lo seco «tierra», y al conjunto de las aguas lo llamó «mar»; y vio Dios que estaba bien.

¹¹ Dijo Dios: «Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semillas y árboles frutales que den fruto según su especie, con su semilla dentro, sobre la tierra». Y así fue. ¹² La tierra produjo vegetación: hierbas que dan semilla según sus especies, y árboles que dan fruto con la semilla dentro según sus especies; y vio Dios que estaban bien. ¹³ Y atardeció y amaneció: día tercero.

¹⁴ Dijo Dios: «Haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y sirvan de señales para solemnidades, días y años; ¹⁵ y sirvan de luceros en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra». Y así

fue. ¹⁶ Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para regir el día, y el lucero pequeño para regir la noche, y las estrellas; ¹⁷ y los puso Dios en el firmamento celeste para alumbrar la tierra, ¹⁸ y para regir el día y la noche, y para apartar la luz de la oscuridad; y vio Dios que estaba bien. ¹⁹ Y atardeció y amaneció: día cuarto.

²⁰ Dijo Dios: «Bullan las aguas de animales vivientes, y aves revoloteen sobre la tierra frente al firmamento celeste». ²¹ Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo animal viviente que reptar y que hacen bullir las aguas según sus especies, y todas las aves aladas según sus especies; y vio Dios que estaba bien; ²² y los bendijo Dios diciendo: «Sed fecundos y multiplicaos, y henchid las aguas de los mares, y las aves crezcan en la tierra». ²³ Y atardeció y amaneció: día quinto.

²⁴ Dijo Dios: «Produzca la tierra animales vivientes según su especie: bestias, reptiles y alimañas terrestres según su especie». Y así fue. ²⁵ Hizo Dios las alimañas terrestres según su especie, y las bestias según su especie, y los reptiles del suelo según su especie: y vio Dios que estaba bien.

²⁶ Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves del cielo, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todos los reptiles que reptan por la tierra».

²⁷ Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó.

²⁸ Y los bendijo Dios con estas palabras: «Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad

en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptaba sobre la tierra». ²⁹ Dijo Dios: «Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; os servirán de alimento.

³⁰ Y a todo animal terrestre, y a toda ave del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser animado de vida, les doy la hierba verde como alimento». Y así fue. ³¹ Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto.

2 ¹ Concluyéronse, pues, el cielo y la tierra y todo su aparato, ² y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera. ³ Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó; porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho.

^{4a} Ésos fueron los orígenes del cielo y la tierra, cuando fueron creados.

*Segundo relato de la creación.
El Paraíso: 2,4b-25*

^{4b} El día en que hizo Yahvé Dios la tierra y el cielo, ⁵ no había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahvé Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. ⁶ Pero un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. ⁷ Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.

⁸ Luego plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. ⁹ Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. ¹⁰ De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos. ¹¹ Uno se llama Pisón: es el que rodea todo el país de Javilá, donde hay oro. ¹² El oro de aquel país es fino. Allí se encuentra el bedelio y el ónice. ¹³ El segundo río se llama Guijón: es el que rodea el país de Cus. ¹⁴ El tercer río se llama Tigris: es el que corre al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates. ¹⁵ Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase. ¹⁶ Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, ¹⁷ mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio».

¹⁸ Dijo luego Yahvé Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada». ¹⁹ Y Yahvé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. ²⁰ El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. ²¹ Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. ²² De la costilla que Yahvé Dios había

tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre.

²³ Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada».

²⁴ Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne.

²⁵ Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro.

La caída: 3,1-24

3¹ La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho. Y dijo a la mujer: «¿Cómo es que Dios os ha dicho: “No comáis de ninguno de los árboles del jardín”?». ² Respondió la mujer a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. ³ Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: “No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte”». ⁴ Replicó la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. ⁵ Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». ⁶ Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. ⁷ Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y, cosiendo hojas de higuera, se hicieron unos ceñidores.

⁸ Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el

jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios por entre los árboles del jardín. ⁹ Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?». ¹⁰ Éste contestó: «Te he oído andar por el jardín y he tenido miedo, porque estoy desnudo; por eso me he escondido». ¹¹ Él replicó: «¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?». ¹² Dijo el hombre: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí». ¹³ Dijo, pues, Yahvé Dios a la mujer: «¿Por qué lo has hecho?». Contestó la mujer: «La serpiente me sedujo, y comí».

¹⁴ Entonces Yahvé Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.

¹⁵ Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar».

¹⁶ A la mujer le dijo: «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará».

¹⁷ Al hombre le dijo: «Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida.

¹⁸ Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo.

¹⁹ Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues